

Ese fue mi primer encuentro cercano del tercer tipo con los corazones norteños, sencillos, alegres, generosos; y mi deslumbramiento con el paisaje montañoso, venido yo de llanos y sabanas.

Del destino nadie se escapa, a contrapelo de Serrat dejé el mar y me vine al monte. Cambié gaviotas por las palomas regiomontanas. Al Mercado Sáinz de Baranda por el Mercado Juárez. Al Barrio de San Román por el barrio antiguo regiomontano. A los Piratas de Campeche por los Sultanes, *ad infinitum*.

Desde entonces han pasado diecisiete años entre el cielo y el infierno, entre la agonía y el éxtasis, entre la realidad y el deseo. La ausencia cumplirá su mayoría de edad y no estará en la fiesta.

Tanto tiempo lejos de mis playas campechanas no me hace olvidar a las murallas, pero mi corazón cada día toma más forma del Cerro de la Silla.

Entre otras cosas, aquí he descubierto los mitos norteños, esencialmente dos. La tacañería regia: a nivel individual los regiomontanos son desprendidos, pródigos, generosos; a nivel de comunidad son superiores, nadie como ustedes para el alto sentido de la solidaridad. Y la franqueza norteña: sé por experiencia que aquí no aceptan el viceversa, a la crítica franca y honesta le llaman ataques. Cada quien posee su verdad particular guardada en casa. Nada de norteñotes y francotes.

Ya lo decían los latinos: «La mentira procura amigos; la verdad, enemigos». Más nunca me cansaré de disfrutar la bonhomía regiomontana.

Gracias por el placer de todos estos años, jodido, pero contento. Gracias por ayudarme a despejar cada vez más aquel enigma: «Los tres mil quinientos habitantes de mi pueblo / no me recuerdan. / El millón y medio de Monterrey / no me conoce. / No sé si estoy ganando o estoy perdiendo». Gracias por el saldo a favor.

Los protagonistas nocturnos de la Alameda

La Alameda Mariano Escobedo, durante el día, es una isla donde la inercia sienta su morada. Rumiante de transeúntes mastica y deglute pasajeros inmersos en el ritmo citadino.

Los viandantes pasan de largo por sus calles laterales, huyen por la tangente. La miran sin ver. Sólo viejos y vagabundos permanecen en ella, absortos en el teorema vital de su existencia.

La Alameda es grande y su grandeza todos los días ostenta decadencia. Al oeste alberga taxis asténicos al acecho. Su acuario es recuerdo de nuestros mayores. Las aves se fueron volando a espacios más amables.

Las parejas hurgan por la tarde en busca de lugares solitarios. Ellos le brindan ese calor humano, urgente y ecológico. Reviven a hurtadillas el teatro al aire libre, tendido al sol como los huesos de un perro ex callejero.

De mañana y noche, trotadores albinos y crepusculares la hacen latir al ritmo de sus pasos. Mantra antecesor del éxtasis. El nirvana no se alcanza fácilmente, exige paciencia. Los borrachos nocturnos lo saben, por eso, en la hora gris, acuden al santuario más próximo del santo patrón universal.

Allí el ángel de Gay-Lussac dispensa misericordioso su divina providencia, ¡oh señor amoroso e indulgente!, ¡acoge a este devoto!, ¡dale otro pecado capital!

A veces, en la banca de turno, en la calzada tendida entre las fuentes de este a oeste, nos gana el sueño. Más tarde, «el viento de la noche gira en el cielo y canta», y nos despierta. Entonces es posible atestiguar de madrugada el prodigioso relámpago nocturno.

El privilegio de la vista nos da oportunidad de trascender nuestra paupérrima condición mortal. La morbilidad es geoméricamente poligonal. El sonido del silencio aturde al tiempo, golpea al yunque, blande el martillo, sube al estribo del laberinto.

No deja huella su relámpago, inaprehensible como el rayo verde. Los mejores cazadores de fantasmas nada podrían hacer ante él.

Desde algún punto de la noche nace al espacio de la Alameda puntual y alerta. Su sangre fría, matemática, no falla. De noche los búhos no cierran los ojos, están ahí, atentos, entre las ramas.

Quienes saben se apuestan en la calzada, el cuadrilátero, lugar de los hechos y de los éxitos. Durante largas noches de contemplación nunca han errado.

Las ratas de campo, enormes, son pequeñas comparadas con las de ciudad, capaces de comerse a un gato bodeguero. Los búhos son ganadores empedernidos, saben que no pierden nada al intentarlo.

Desde su sitio, un búho detecta a una rata de buen peso, la mira acercarse con timidez a la cinta de cemento. Respira y aguanta impasible, a punto de desenfundar.

La rata sube a la calzada, camina despacio, el vuelo soberbio de los pájaros entra en acción, un proyectil lanzado desde veinte metros de altura planea con las alas en cruz.

En el más profundo silencio, sin mover siquiera las hojas de los árboles, con la mayor precisión de un cirujano, explotando las leyes de la aerodinámica, pasa veloz, levanta a su presa y remonta vuelo.

Un parpadeo puede privar del espectáculo. La ceremonia es sólo para iniciados. Aunque somos pocos, de vez en cuando acudimos a renovar los votos.

Aldama 405

Anoche salió de nuevo, los pasos por patio y escaleras me despertaron en la madrugada. Sus bufidos horadaban las paredes. Por momentos se envolvía en el silencio, confundida en la os-

curidad; pero allí estaba. Al cerrar la puerta un golpe de viento me tiró a la cara su tufillo a sudor y mugre.

En tiempo de calor las mujeres de la casa se recogen más temprano para que salga a tomar el fresco a sus anchas. La siento asomarse por la ventana del cuarto. Por el ojo de la cerradura, a la luz de mi lámpara brillan sus pupilas. A menudo despierto adivinándola junto a mi puerta, sin atreverse. Manoteo, digo incoherencias. Finjo despertar de una pesadilla. Ella se escurre en silencio.

Alguien dijo que en esta dirección la buena comida es más barata. Interesado por la oferta, no quise hacerme ilusiones. Todo lo contrario. Las hermanas encarnaron la amabilidad y el buen trato. Se relevan y asisten en el trabajo doméstico a la manera de un equipo deportivo para atender a tres o cuatro inquilinos y los abonados de mediodía.

Nunca vi a más huéspedes que a Carlos, el vecino, y sólo al principio. Los demás tenían apretados turnos de trabajo y estudio. La población flotante fluctúa demasiado, sólo una corta temporada y se van sin despedirse. Tras ellos llegan más, solteros, parejas. Todos desaparecen sin rastro, sin mandar jamás una postal.

El estudiante de medicina y el de agronomía, con la muchacha de educación física y los de bachillerato son, entre otros, efemérides de sobremesa. No se diga el poeta y el torero cantante, personajes del nunca acabar. ¿Agustín?, era tremendo el güerco, tomaba a la bestia y metía viejas sin que nos diéramos cuenta. Las encueradas del periódico de la tarde tapizaron su cuarto. El doctor era otra cosa y además guapo, agregó doña Rosa, la que ayudaba a bien morir. También vivió aquí un güerito precioso que se hizo de rogar con todas. Un silencio aplastante cayó sobre el comentario. El pequeño Arturo aprovechó para una nueva travesura.

En casa la alimentación es vegetariana. La familia acostumbra el yoga y la meditación. No comen carne. Profesan la religión de los Vedas. «La que nos convierte en dioses, a dife-

rencia de la católica que adora a un dios omnipotente y nos ubica como a pobres pecadores; aspirantes, cuando mucho, al perdón del padre celestial y misericordioso». Como prueba de fe, las hermanas montaron una guardería infantil. Los niños pusieron continuamente a prueba la paz interior ganada duramente con ayunos, dietas y ejercicios ascéticos.

La noche está llena de ruidos, casi me curó de espanto. Respiraciones agitadas, forcejeos, suspiros que se arrastran, pasos furtivos suben y bajan hurgando los rincones. Suele amanecer un colchón a medio patio y desierto el campo de batalla que volverá a poblarse bajo las estrellas con pertinaces e invictas gladiadoras.

Una losa del patio atrajo mi atención. Al bajar al baño, por la noche, suena suelta bajo mis pies. A la luz del sol repaso el camino sin descubrirla. A oscuras rompe, invariable, el ritmo de mis pasos. Su sonar de pieza suelta me alertó. ¿Por qué sólo de noche? Una de luna llena logré levantarla con las uñas. La penumbra denunciaba una luz lejana. Se alcanzaba a oír el ruido de una sorda actividad. La losa se me soltaba. Un cuchillo de la cocina fue definitivo. La penumbra se aclaró. Muebles viejos, retratos antiguos. Una melodía sonaba por todas partes. El valor se me vino a la vejiga con la exigencia de evacuarla. La cerveza purgó por salir de mis entrañas. Regresé cuanto antes. La losa estaba en su lugar y con firmeza. Por más que intenté con los tacones, ninguna sonaba suelta. Subí a mi habitación intrigado. No estaba Carlos. Por suerte quedaba más cerveza.

No te preocupes, me dijo una de las señoras, como vives más alto que nosotras, los ecos del barrio rebotan en tu pared. Por eso escuchas ruidos raros en la noche.

Seguí comprando cerveza. Mis idas al baño, minuciosas en el paso, no tuvieron éxito. Los ruidos continuaron. Carreritas de pasos apagados, cuchicheos. Pasos fuertes como de quien carga algo con dificultad. A veces de plano no puede y los arrastra. Paredes de papel.

Tras varios meses de no encontrar la losa suelta, en el enésimo intento la escuché crujir. Estaba preparado. La alcé y vi la misma habitación, el humo denso despedía un olor característico. Al descolgarme al interior una beatitud creciente me aprisionó. Caí con suavidad, casi ingrávido, al piso de ajedrez. A la felicidad del mundo. Al placer. Al parpadeo de una llama, las tuberías desnudas poblaron mi éxtasis.

Desperté ya muy tarde en mi cama. Resabios me dibujaron sonrisas. Las señoras trajinaban en la cocina con los de mediodía. Mi cuerpo no estaba hartado de placer ungido. El vicio que se adquiere a la primera vez. Busqué con mayor ahínco la entrada al inframundo. Mis investigaciones continuaron. Supe que no les interesaba, no era su tipo. Nunca más volví a encontrar la losa suelta por más que busqué al anochecer, de madrugada y amaneciendo. No más secretos venéreos. Aquellas noches de lluvia en que subían por mis brazos, mis muslos, cuando penetraban por las rendijas y me recostaban en una cama de agua que no era mía, no se repitió.

La teoría es del espejo, el reflejo invertido del mundo que colgaba numeroso de las habitaciones. Al romperse uno de ellos unieron los pedazos con cinta adhesiva y lo colgaron en mi baño. El último invierno la humedad despegó la cinta. Debajo del espejo una cara inocente aún sonrío.

El Gabo de Monterrey

A sus 56 años de edad, veinte de taxista, diez de cantinero y cinco hijos, jamás había oído hablar de Gabriel García Márquez. Mucho menos de su gran parecido con el famoso escritor. ¿A cuántos ha matado?, preguntó a los jóvenes aspirantes a literatos que le revelaron la envergadura internacional del autor colombiano. Una sonrisa de satisfacción externó con orgullo.

Él es Antonio Soto Guerrero, don Toño para los parroquianos del bar de aire musulmán donde trabaja en el centro de Monterrey. Don Gabo para quienes conocen pizca de literatura.

Regiomontano de nacimiento, don Toño o don Gabo, como prefiera, trabaja trece horas diarias en la esquina de Doctor Coss y 15 de Mayo. Su rutina va desde la limpieza mañanera de todo su espacio etílico hasta la corrida de los últimos briagos, antes de las once de la noche, para no perder el camión.

Le gusta jugar al dominó y escuchar la música de sus tiempos, «es que esa nunca muere, primero voy a morir yo». A menudo lleva su tocacintas al bar, prefiere la música tropical, nortea y las baladas de fines de los 50 y principios de los 60.

Al enterarse de su parecido con el autor de *Cien años de soledad*, se interesó por conocer su obra, «a ver qué tal». Un amigo, maestro de inglés y parroquiano del lugar, le confirmó el hecho. Antes, uno del grupo de poetas regios le mostró un libro con la foto del novelista.

Gustoso accedió a posar para el fotógrafo y a platicar con quien esto escribe, pero el pánico escénico amenazó con impedirlo. «Que te puedo contar de mi vida, el otro sí es famoso», no supo que el pasado fin de semana, muy cerca de su fuente de trabajo, el otro estuvo con Salinas de Gortari en gira presidencial.

En una entrevista García Márquez dijo que pronto volverá a Monterrey para conocer y saludar a sus amigos. Ojalá alguien intervenga para que el colombiano se vea en su propio espejo.

Otro bar que muerde el polvo

Cero y van tantos desde aquel bar La Concha que se derrumbó ante mis ojos dispuesto a anidar en la memoria. «Lo sentí, no fue una separación sino un desgarramiento», cantó transido el poeta.

Más tarde, con toda saña, el Balalaika fue borrado de un plumazo del catálogo de lugares de sano esparcimiento en Monterrey.

Hace poco El Árabe, lugar de nuestros éxitos, rindió tributo a la madre tierra. Aún no pasábamos el trago amargo cuando supimos de la artera clausura del Lagunilla Bar. Sí, porque no fue una de esas clausuras municipales pasajeras. No, más que clausura fue tapiada. Gruesos bloques condenaron la puerta, única vía de entrada, para muchos, al paraíso.

Aunque ofrecía un ambiente que a cualquier persona «normal» se le antojaría dantesco, a los fieles bacantes regaló solaz a manos llenas. Putas y homosexuales en cordial convivencia. Un bestiario donde Zacarías Jiménez era el último unicornio, azul y todo.

Más de una vez, recalando de correrías nocturnas casi diurnas, llegamos, como buenos vegetarianos, a disfrutar el néctar de malta, cebada y lúpulo, especialidad de la casa. Ahí, en ese lugar «donde bajan los dioses sin ser vistos», precisamente lo inefable e inaudito.

Luis Ángel, ángel al fin, también bajaba, de madrugada, al espacio de su reino en celo. Aureolado por la barba de tres días, mientras su voz ronca salía de la radiola. Dueña y señora, bailaba con dos o tres tipos a la vez. Tipos cuya sangre, a esas alturas, contenía cien por ciento de alcohol y rastros de hemoglobina.

Pronto se vació la jaula de las locas en la noche de Luis Ángel. Los pretendientes no habrían ni mirado a la cándida Eréndira en sus mejores tiempos.

Las robustas meseras pasaban por aquellas célebres fanáticas de Tzecub Baloyán y se conformaban con su rol primario de servicio. Acostumbradas a ser casi objetos de piqueta.

Los parroquianos recuerdan la noche en que un pintor regiomontano, en desafío a sus fantasmas, se puso en pie de guerra. Pintarrajeado de cara y pecho con rojo profundo y negro llegó frenético en su combi.

Las locas se quedaron petrificadas, desde Pepe el Toro no habían visto a un ejemplar de esa categoría. El silencio se podía cortar en tiritas, los borrachines corrieron a la pared, ¿Rambo en la ciudad?

Nuestro héroe pidió tecates para llevar, el cantinero lo atendió nervioso. Intrigado por la impresión de su recia personalidad, y la ola de suspiros, se asomó al espejo de la barra, apenado tomó las tecates y corrió a su combi, arrancando como pintor que se lleva el Diablo.

La Lagunilla nos dio siempre de que hablar; ante su inminente desaparición terrena, va desde aquí un sentido pésame a la afición que aún no se percata del acoso sistemático del que somos objeto. Erijamos nuestros monumentos nacionales, defendámoslos a copa y espada. No claudiquemos ni con Claudia.

Como el agua en el agua

*Vivió en la soledad, sin una mujer, sin amigos;
todo lo amó y lo poseyó, pero desde lejos, como
del otro lado del cristal; «murió», y su tenue
imagen se perdió, como el agua en el agua.*

Borges: **La otra muerte.**

La postal muestra un fragmento del centro de la ciudad de Monterrey. Así conocí la fuente de la plaza Zaragoza, el Palacio Municipal y el majestuoso Condominio Acero, lo que hoy conforma mi mundo y lo limita.

La observo desde el mediodía del fin de semana de mi pueblo, pensando en mi hermano que recorre el país, en los lugares que nunca conoceré.

Aquí transcurre mi vida, en la soledad, sin una mujer, sin amigos. Sólo yo sé que existo, los demás siguen de largo sin mirarme, sin tocarme aunque pasen a mi través. Un día moriré y éste será el único testimonio de la historia que habito.

Mi radio de acción termina en Escobedo, al sur Melchor Ocampo me contiene y el extremo norte de la plaza Hidalgo. Al oriente estrello mis ansias en Zuazua. Los límites de la postal se imponen.

Pese a todo, llevo una vida normal. Tomo mis alimentos en el restaurante Luisiana o en el hotel Monterrey, donde vivo. El Cid, el Reforma y el Alexander me proveen de ratos agradables y todo el alcohol que necesita mi alma. Si no fuera por eso ya me habría vuelto loco.

La librería del Fondo de Cultura Económica, en los bajos del Condominio Acero, alienta mis lecturas generosas y el Museo de Historia satisface mi curiosidad por conocer las raíces y trayectoria de la ciudad y el estado. Asisto regularmente, qué remedio me queda, a sus exposiciones y conferencias.

Atestiguo a través del tiempo la evolución vertiginosa del corazón regiomontano. En 25 años han cambiado el concreto por asfalto y éste por adoquines. Los árboles desaparecen de calles y patios sobreviviendo en las plazas. En la última década, derrumbando manzanas, la plaza Zaragoza se integró a la faraónica Macroplaza. Los hoteles de la zona son remodelados cíclicamente, otro está en erección junto a la plaza Hidalgo.

Estuve atento a la construcción del Museo de Arte Contemporáneo, aquí, frente a mi postal, pero no lo visito por estar fuera de mi alcance. Lástima, los miércoles la entrada es gratuita.

Los domingos contemplo desde el kiosco a las parejas que se casan en Catedral, indago el reloj de sol, aún no me revela su misterio. En la noche escalo el faro de comercio y juego con los rayos que aumentan número y habilidades.

Nadie comprende mis lamentos ni mis llamadas de auxilio escritos con láser, creen que es parte del show o que algún mentecato hace de las suyas.

Este año alegra mi ocio dominical un jardín de arte al que concurre un grupo interesante, de todos ellos me embelesa la

obra de Sergio Villarreal, un pintor que postula al cuerpo humano.

Mis días tienen como extremos ambas plazas. Por la mañana vago por los pasillos del Palacio Municipal y hasta me siento en la silla del alcalde a leer *El Norte*.

Miro el MARCO, El Cerro de la Silla y el sector del Barrio Antiguo. Las montañas de la Sierra Madre, esculpidas a golpe de agua y viento, sin imponentes.

Ni duda cabe que esta ciudad tiene trapío, dos equipos de fútbol, dos figuras internacionales del toreo y tres medallas olímpicas de caminata lo confirman.

En verano, cuando el sol es dueño y señor de todos sus haberes, busco la sombra hidalga de esta plaza, la única en el mundo que podría ofrecer reservaciones. Las parejas hacen fila esperando que se desocupe alguna banca.

Yo no tengo ningún problema, falta de materia, se sientan sobre mí y ni cuenta se dan. Dos cabemos muy bien en el mismo espacio, sólo tengo que sentarme primero, ellos sí son de carne y hueso, especialmente las mujeres.

Me agrada esta plaza, sus árboles parecen las manos crispadas de un ahogado, tal vez sufran algún maleficio ante la indiferencia de la fuente y el aire de jardín japonés que me encanta.

Aquí me entretengo con cuentos y novelas; aprendo poco a poco los rudimentos de la escritura. Ajeno a los problemas cotidianos, le dedico todo mi esfuerzo. Alguna vez mi vida los hará reír pensándome una mera ficción, tachando de fantástico mi realismo naturalista, de mentira a esta verdad tan cierta.

Los vespertinos son el oasis de la ciudad, la nota roja es Nuestra Señora de los Bares, santa patrona de los boleros que explotan el gancho y ofrecen servicio extensivo al espíritu.

Al caer el sol busco el rumbo de Ocampo, allí tengo dos bares a mi disposición, el Reforma y el Alexander; prefiero el segundo de borrachos inocuos.

Bebo y veo deportes o películas en los televisores, escucho a los artistas regiomontanos que lo acostumbran y me siento.

La *Columba virillis* es una especie extinguida hace tiempo

Con ella se fue toda una época y mucho del encanto que tiene la vida, suspiran las abuelas. Más la nostalgia no la magnifica; fiel a los hechos, se mantiene, como el ave del paraíso que fue, en el recuerdo.

Su andar nervioso, con brío, dicen, eran espectacular, no diga su vuelo. Las palomas comunes y corrientes se quedaban en eso, ensimismadas. Las de Castilla, con todo lo suyo, en simples pajarillos silvestres.

De lejos su cuello saltaba a la vista, inconfundible, largo y gruesecito, orlado, como las cachas de las pistolas del Far West, con nudos y rugosidades debidos a su gran irrigación sanguínea.

La faloma fue víctima del éxito, eso la hizo cambiar su hábitat por el urbano. Durante centurias fue el producto más valioso que demandaba al campo la ciudad. Infatigables partidas de caza las acosaron. Centro de la vida de todos, al satisfacer los por igual, las bandadas que surcaron alegres el cielo, desaparecieron relampagueantes.

La explosión demográfica, siempre al acecho, tuvo en ellas coto. Por razones intrínsecas, fueron motivo de disputas, robos, hurtos, altercados, que irremediamente desembocaron en crímenes pasionales. Sin embargo, y a pesar de todo, propiciaron la fidelidad conyugal, gracias a ellas las relaciones extramaritales no tuvieron razón de ser.

Sólo las damas de alcurnia poseían criaderos de falomas, inolvidables falomares arrancadores de suspiros, delicia de todas las mujeres y uno que otro espontáneo. Sabedoras de los tumultos femeninos vedaron el paso, nada más el guardián, de hombría reconocida y, por lo tanto, de confianza, tenía acceso; igual el veterinario en visitas de rutina.

Las señoras mantenían su harem donde cogían y escogían a su antojo para entregarse a los placeres del palomar. A menudo pasaban horas y horas, absortadas en menesteres propios de su sexo. En fin de semana era esperado con devoción para realizar una especie de retiro espiritual en el que la carne se inmolaba protagonista de sí misma.

El obsequio de estos espécimenes era bien visto socialmente y considerado hasta de buen gusto entre las amistades. Es curioso, así como provocaron muertes e ilícitos, las falomas estrecharon vínculos femeninos. El falomar siempre fue el mejor punto de reunión. Las peores enemigas tuvieron más de un pretexto para reconciliarse.

Entonces, la etiqueta y buenas maneras, las exigía como regalo de bodas, por si acaso. Las mujeres, es fama, despedían su soltería en los falomares mas mentados, siempre con discreción.

Cuenta la leyenda que en los tiempos antiguos de Roma, Catulo, el poeta de entonces cantó inspirado a la muerte del pajarito de su amada lesbiana, «Mujer de la más alta nobleza romana, de la familia de los Claudios, cortejada por multitud de hombres, objeto de deseo de muchos y dueña del falomar más ingente de la ciudad». He aquí fragmentos al imán:

*Pájaro, la delicia de mi niña,
con quién jugar, que tener en su seno,
al cual, si pide, la uña dar el dedo
e incitar suele sus picadas gráciles,
cuando el deseo mío reluciente
le complace chancear no sé que gracia,
también de su dolor un consuelito,
creo, porque ahí su grave ardor descanse.
¡Que así pudiera yo jugar contigo,
y del triste ánimo aliviar las cuitas!*

Tomado de *Libro del Catulo el veronés*, en versión de Rubén Bonifaz Nuño, el maestro comenta en nota aparte: «Al parecer

inofensivo, el poema muestra, apenas se rasca en su superficie, un brotar de bilis, los síntomas inconfundibles de la infección que irá invadiendo irremediablemente a su autor».

«El hecho de que la mujer ofrezca el dedo a los picotazos de un pajarillo, el es motivo para juzgar que ella, comida por un dolor para el cual no encuentra remedio suficiente, busque en ese juego el descanso para el grave ardor del cual la supone poseída. El final aclara el sentido de las suposiciones: Cátulo pone en la mujer sus propios sentimientos: Aquel dolor, aquel ardor grave pues termina diciendo su deseo de poder, con juego semejante al de ella, quitar las cuitas de su ánimo triste».

Bécquer también las cantó, complaciente, llamándolas «Golondrinas», presagiando la debacle, enfatizando trémulo de emoción: «Pero aquellas, aquellas que se fueron, ésas no volverán», en alusión a una mortandad que se abatió sobre las palomas de España.

Los cronistas de la conquista consignan las falomas que bravos soldados iberos trajeron consigo a Nuevo Mundo. Más de uno afirma que Gonzalo Guerrero aquél que naufrago frente a la península de Yucatán, se tiró al mar en pos del ave de sus entrañas que se le escapaba. Huelga decir que la noche triste de Hernán Cortés, se debió a lo mismo.

Al llegar a la mayoría de edad las muchachas acomodadas recibían la primera faloma y, con ella, la revelación, el dulce secreto de la vida, arte ancestral de los sentidos desde el epicentro.

Una prendida canción náhuatl, traducida por Rockdrigo González, dice la letra: «(...) Cierren puertas y ventanas, escondan a sus hermanas, a'i viene el ete, que donde quiera se mete».

Es la confirmación de la virginidad sin tacha de los antiguos mexicanos y la celosa salvaguarda que observaron estrictamente sobre el pudor familiar.

Las parvadas de falomas, producto de los ejemplos traídos de España y escapados en tierra americana donde hallaron campo propicio para multiplicarse, eran más temidas que un enjambre de abejas africanas. La moral autóctona dio cuenta

de ellas. En la Nueva España desaparecieron y así sucesivamente de otras partes del planeta.

Durante su existencia los hombres no le disputaron terreno conforme con su rol secundario de procreación. En este aspecto, las falomas brindaban la absoluta seguridad de no concebir, por lo que el disfrute, sin pendiente, suele ser mayor.

Fue una ave que dominó la tierra, como los dinosaurios y su extinción no tuvo nada que ver a su explotación en masa, indiscriminada. Ningún otro animal ha disfrutado las atenciones de los humanos. Los falomares, como parte vital de la sociedad, se acondicionaron con los mayores avances técnicos.

Todo por servir se acaba; como en todo harém, siempre existió la favorita que a veces, por cortesía o nada más por presumir, era compartida con las amigas. Pasaban temporadas huéspedes de otra casa o acompañaban a las señoras en grandes viajes de placer. Las enfermedades venéreas las diezmaron.

Como homenaje a su paso por el mundo, de las mujeres que son agradecidas, la faloma fue adoptada, por unanimidad, como símbolo de la Organización de las Naciones Unidas la faloma de la paz. El miembro viril también fue bautizado, por las buenas conciencias, como «paloma». Süskind, autor contemporáneo, escribió la saga de la última faloma refugiada en el pasillo de una casa de huéspedes, a la que un caritativo inquilino le cede, hasta la muerte, su habitación.

Juan Soriano, conmovido íntimamente por el fin del último ejemplar, la inmortalizó en una estatua de bronce. La obra se exhibe en la entrada del Museo de Arte Contemporáneo de la Ciudad de Monterrey. El motivo que perpetua su memoria es notable. Los *suvenires* de la institución están agotados.

Monterrey 400, modelo para amar

Joaquín Hurtado

Vamos a llamarte así, austera, pero sofisticadamente: Monty.

Porque eres gorda, pero no importa.

Tienes papada y bigote ralo.

Anacrónica.

Chismosa.

En algún sitio de tu meado colchón escondes riquezas mal habidas.

Bien haya tu madre, dulce Monty de la vagina granulosa y verga dominica.

Regálanos tu reino de machorra implacable.

Ábrenos tu pericia de orgías bajo el Faro proverbial.

Benditos tus extremos y tu polvo facial que corroe las eternas Mitras.

Tierna puta pelona.

Chimuela.

Zangoloteo en el 123 Infonavit, a la luz de la luna, entre los cráteres de un asteroide polvoriento.

Insuperable, ¿o sí?

Sal de tu escondite, rata inasible.

Revolotea en tus jirónes, lechuza de seda.

Edificamos para tus milenios un pesebre con piedrotas y ramas de mezquite.

Revuélcate en tu vómito y tu vértigo al saberte a merced de los hongos nucleares de este inseguro e insobornable destino de gran cosmópolis finisecular.